

## 1. EL JUEGO DE PENSAR

¡Hola! Me llamo Paco. Hace muchísimos años que dejé de ser niño. Pero conservo algo de los niños que yo no quiero perder. Me gusta mucho jugar. Y creo que debemos aprender a jugar cada vez mejor y a escoger los juegos más interesantes. Porque hay juegos que son un verdadero rollo.

Entre mis juegos favoritos hay uno que practico todos los días, aunque este juego no se puede practicar delante de la gente, y mucho menos cuando hay visitas serias. Se considera de mala educación. Es el juego de silbar.

Hay que aprender a silbar. No todo el mundo sabe silbar y hay gente que lo hace muy mal. Silbar es hacer música con los labios. Los silbidos fuertes molestan a las personas, pero los entienden muy bien los perros, los caballos y las ovejas. Los pastores producen unos silbidos que entienden perfectamente los animales y saben lo que se les quiere decir.

Pero el silbido musical no es tan fuerte, es un poco más bajito, más dulce y se puede hacer música como a uno le guste. Si uno sabe silbar no necesita aparato en el coche y no necesita llevar auriculares del "walkman". Cada uno se fabrica su música particular y se pueden inventar músicas nuevas que a veces resultan muy bonitas o al menos a cada uno le parece que son bonitas. Se puede silbar a coro y hay gente que lo hace muy bien. Hay películas cuya música lleva silbidos y resulta verdaderamente fantástico.

Hay otro juego que me encanta y que tiene también relación con la música. Me gusta tocar la armónica. (A veces la palabra armónica se suele escribir con "h" y resulta "harmónica"). Tocar la armónica es todavía mejor que silbar. Porque parece que estás tocando un órgano y a veces suena como si fuera una orquesta. Te puedes inventar tus músicas particulares y unas veces puede ser alegre y rápida y otras veces dulce, tranquila y más triste. Tocas la música que te vaya a cada momento. Si estás triste y tocas música triste parece que la tristeza se marcha y te pones alegre.

Otro instrumento que me gusta tocar y lo tengo en Pegueritos es la "melódica". La melódica es un teclado que suena soplando por un tubo. Se sopla, se da a cada tecla y así suena como si fuera una flauta, un oboe u otro instrumento de viento. Resulta muy bien y es muy entretenido.

Pero para mí el príncipe de los instrumentos es el teclado electrónico. También se llama "órgano electrónico". Hay que

enchufarlo a la red eléctrica, aunque también funciona con pilas. Se pueden sacar hasta noventa y nueve sonidos distintos y se pueden mezclar entre ellos. Se puede poner acompañamiento y solamente hay que tocar la melodía. Yo creo que ningún niño debiera estar sin su teclado. Así se aprende a tocar y se puede inventar cada uno su propia música. Es fascinante y divertido.

Pero hay otro juego que todavía es más apasionante que toda la música del mundo. Consiste en charlar con los amigos y pensar.

Charlar con los amigos es lo mejor que pueden hacer las personas. Los animales se comunican entre ellos y se dicen cosas que son necesarias para la vida. Pero, los pobrecillos, no son conscientes de lo que dicen y no pueden reflexionar. Los animales carecen del pensamiento de los hombres. Tienen un nivel más bajo, aunque no son tontos, ni mucho menos. Tienen otro modo de ser.

Yo tengo muchos amigos con los que charlo y nos lo pasamos muy bien. Creo que conocéis los nombres de muchos de ellos: Rafa y Flor, Begoña y Nacho, Juan Carlos y Maite, Alicia y Eduardo, Agustín, Álvaro, Miguel, etc.

A veces nos reunimos solamente para charlar y estar juntos. Se nos pasa el tiempo sin darnos cuenta y hablamos de muchas cosas. A veces celebramos la eucaristía, que es como si invitáramos a Jesús para que esté en medio de nosotros como un amigo más.

Cuando Jesús está presente en medio de nosotros nos llenamos de alegría, de paz, nos vienen ganas de ser buenos con todo el mundo. Es como si nos metieran luz en nuestro interior y nos volviéramos luminosos. Es muy difícil decirlo, pero es algo así.

Entre los amigos con los que charlo, el más pequeño se llama Alfonso. Hace pocos días ha cumplido tres años. No hace mucho que empezó a hablar, y ahora ya habla y piensa como las personas mayores. Cuando habla yo le escucho con mucha atención y lo que dice me hace pensar.

¿Queréis que os cuente lo que me dijo Alfonso la última vez que estuvimos charlando?

Pues estábamos en Pegueritos, que es un pueblo que está en la sierra. Allí hay muchos pinos, rocas, un lago con mucho agua que se hiela en el invierno. Por allí hay vacas, caballos, ardillas, zorros, ciervos y muchos pájaros. Hay unas praderas verdes por las que se puede correr, jugar revolcarse, sin molestar a nadie. También hay barbacoas en las que se puede hacer fuego y asar chuletas, chorizos, que así están mucho más ricos y se comen sin darse cuenta.

Paseábamos Alfonso y yo por unas rocas que parecen el lomo de una ballena y yo le pregunté:

- Alfonso, ¿a quien quieres tú más, a tu papá o a tu mamá?

Alfonso lo pensó un rato y me contestó:

- A mi papá, y también a mi mamá.

Yo le seguí preguntando:

- ¿Y por qué quieres tú a tu papá?

El, siguiendo la conversación, como las personas mayores, me contestó:

- ¡Porque es mi amigo!

Yo me quedé en silencio y me puse a pensar: ¿Se puede ser amigo de los padres, de los profesores, de las personas mayores? ¿Qué significa "ser amigo"? ¿Quién es verdaderamente "un buen amigo"? Yo todavía no lo tengo muy claro. Tengo que pensarlo mucho más y se lo preguntaré a mis amigos. Entre todos lo podemos saber mucho mejor.

Terminamos el paseo y nos metimos en la casa. Hacía frío y encendimos la chimenea. Las llamas bailaban sobre los troncos de leña. El hermano de Alfonso, Alejandro, que es todavía muy pequeño y aún no sabe hablar, se quedaba maravillado mirando el fuego. Señalaba con su dedito el chisporroteo de las llamas y solamente decía: ¡Buh, buh, buh...!

Yo dejé a Alfonso un libro que tengo y que cuenta la vida de los gnomos. Yo lo leo muchas veces, porque me encantan los gnomos y me imagino que juego con ellos entre los bosques. Es fascinante jugar a imaginarse gnomos. Se pasa muy bien.

Pero Alfonso se quedó sorprendido al ver en el libro una figura extraña y terrible. Era como un gnomo pero sin carne, con una cabeza rapada, con unos ojos vacíos, grandes hundidos. Daba realmente pánico ver aquella figura. Alfonso, que no había visto nunca nada igual, me preguntó, enseñándome el libro:

- Y esto, ¿qué es?

Yo le contesté, sin darle importancia:

- Eso es el esqueleto de un gnomo.

Alfonso se quedó pensativo y exclamó, como si hablara consigo mismo:

- ¡Esto es malo...!

Yo me quedé pensando: ¿Por qué diría Alfonso aquella frase? ¿Por qué pensaba que el esqueleto es "malo"?

Pero ya se hizo de noche. La familia de Alfonso se preparaba para regresar a Madrid. Le pusieron a mi amigo un anorak y un gorro de lana para que no pasara frío. Yo le invité para dar una última mirada al campo, donde habíamos jugado durante el día. Todo estaba sumergido en una total oscuridad.

Al salir por la puerta de la casa y ver tanta oscuridad, Alfonso exclamó sorprendido:

- Han quitado los árboles. Ahora no se ven los árboles.

Yo le contesté con ese tono despistado como hacen las personas mayores, sin darle importancia:

- Es que es de noche.

Pero luego me quedé preocupado porque no le expliqué lo que es la noche y por qué no se ven las cosas cuando no hay luz. Reconozco que fui un poco tonto. Solamente le dije que mirara las estrellas y que se diera cuenta de las muchísimas estrellas que había en el cielo.

Tengo que seguir charlando con mi amigo Alfonso y le tengo que decir muchas cosas. Así aprendemos él y yo. ¿Estáis de acuerdo? ¿Qué pensáis vosotros? Tengo que reconocer que me interesa mucho escuchar vuestros pensamientos. Es un juego muy divertido. Al menos para mí.